



Seix Barral

Laurent Seksik

Kafka no quiere morir





Seix Barral Biblioteca Formentor

Laurent Seksik

Kafka no quiere morir

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Título original: *Franz Kafka ne veut pas mourir*

© Éditions Gallimard, París, 2023

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-322-4359-2

Depósito legal: B. 5.223-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



2 DE FEBRERO DE 1921

ROBERT

Vio como un mal presagio la estela de humo negro que dejaba la locomotora tras de sí. Una sucesión de acantilados y peñascos desfilaba por la ventana del compartimento. «El más alto de la cadena montañosa de los Tatras domina los Cárpatos desde sus 2.500 metros de altitud», había leído. Hacia el valle, los bosques de píceas extendían una alfombra sombría que acababa por fundirse con la grisura de las montañas a los pies de las cumbres nevadas. Se preguntó cuánto diablos podría durar su estancia en el sanatorio. Mi reclusión, corrigió. El profesor Imre Dietz, uno de sus maestros en la Facultad de Medicina, el mismo que le había aconsejado Matliary para cuidar la tuberculosis, había guardado un silencio embarazoso cuando le había hecho la pregunta. «¿Quién sabe lo que le depara a uno esa enfermedad? —había dicho finalmente el profesor, antes de espe-

tar, con un tono de condolencia—: Tenga fe, Klopstock, saldrá de esta.»

La visión de un rebeco sobre una roca le arrancó una sonrisa. ¡Que se vayan al infierno Imre Dietz y todo el colegio de médicos de Budapest! No se quedaría con los brazos cruzados esperando que las lesiones que roían sus pulmones, privados del oxígeno que necesitaban, disminuyeran bajo el efecto supuestamente benefactor de esas alturas. Sabría aprovechar la oportunidad. El decano de la Facultad de Medicina lo había autorizado a posponer sus exámenes por razones de salud. Su baúl contenía una biblioteca entera de cursos de medicina, libros de anatomía, manuales de cirugía. La memoria siempre ha sido mi fuerte, se enorgullecía. A su vuelta a Budapest enseñaría a sus camaradas de promoción, que lo habían enterrado vivo, todo lo que había aprendido de la naturaleza de la afección que padecía.

El resto del baúl se llenaba con la obra completa de Dostoievski. El escritor ruso llenaría las semanas de soledad y aburrimiento. Dostoievski valía tanto como cualquier compañía. Robert se había prometido releerlo por entero. Le gustaban los desafíos. Aprender medicina y leer todo Dostoievski colmaban la felicidad de un individuo, al menos en su caso. ¿Qué otra cosa podría hacer más que leer y estudiar, aparte de tragar esa enormidad de litros de leche y esos kilos de nata que se suponía habían de vencer al bacilo tuberculoso?

Tal vez esas jornadas interminables le permitirían tener tiempo libre para reanudar la escritura de su novela. Siempre se inventaba excusas para no volver a ella, evitando una y otra vez el momento de hacerlo. Allá arriba, no tendría ya ninguna excusa, ni amores incomprensidos ni noches de guardia en el hospital. El vacío de las cumbres estiraba el tiempo hasta el infinito. Por fin iba a poder realizar su sueño. Desde siempre había soñado con ser escritor. No se imaginaba vivir el resto de su vida sin haber escrito una novela. Ambicionaba escribir diez, ser Chéjov o nada, dedicar su vida a curar los cuerpos y reconfortar las almas. Pero a la hora de coger la pluma, se encontraba frente a un abismo y lo paralizaba la duda. Cada línea le costaba. Las palabras llegaban con cuentagotas. Y sus diálogos sonaban falsos. Se veía asediado por toda clase de preguntas. ¿Tenía que escribir con su sufrimiento para expresarse por entero o era mejor olvidarse de su mal totalmente? ¿Cómo ordenar su relato, cómo dotar de carne a sus personajes? ¿Tenía alguna idea clara del final y de qué manera, por tanto, avanzar a través de lo desconocido? Contaba ya con doce capítulos y ninguno lo satisfacía. ¿Debía buscar la inspiración en los libros o en la vida real? Había leído todo lo que era capaz de leer, pero, con veinte años y pico, ¿conocía lo suficiente de la existencia?

Soñaba con que un alma caritativa pudiera poner fin a esas cuestiones. Pero sus profesores se

habrían reído de él en sus narices al comprobar que alimentaba una vocación distinta de la medicina. Sin hablar de sus compañeros de promoción, obsesionados por su carrera o, peor aún, que ambicionaban simplemente disfrutar de la vida. Disfrutar de la vida era algo que Robert no sabía hacer, y eso lo entristecía.

Tal vez debería aspirar a pretensiones literarias más modestas y contentarse con recuperar ese artículo sobre Alfred Döblin que le había encargado un periódico de Budapest a cuya puerta había ido a llamar. El redactor jefe de esa gacetilla, al saber que era estudiante de Medicina y apasionado de la literatura, lo había puesto a prueba proponiéndole un tema centrado en el escritor y médico berlinés.

Mecido por el traqueteo del tren, acabó por dormirse. Naturalmente fue un sueño incómodo, del que lo sacó el silbido de la locomotora al aproximarse a la estación de Tatra Lomnitz. Abrió los ojos de par en par. Había llegado a su destino. Las casas estaban cubiertas por una gruesa capa de nieve, bajo un cielo inundado de bruma. En las alturas distinguió el pico del Lomnitz, que dominaba aquel lugar. La muerte al aire libre, pensó.

La directora del sanatorio, la señora Forberger, le había asegurado en su carta que alguien iría a esperarlo al andén. Dejó el compartimento y bajó del tren su baúl de mano. El andén estaba casi desierto. En la otra punta, un hombre abrigado con

un chaquetón, con un *ushanka* orejero en la cabeza, agitaba una mano en su dirección. Respondió al saludo. El hombre se le acercó a buen paso y después de las presentaciones correspondientes lo invitó a seguirlo.

—¿Qué lleva aquí dentro, un cadáver? —dijo después de coger el baúl.

Robert lo siguió hasta el trineo de caballos que estaba fuera y se montó en el asiento de atrás. El hombre hizo chascar el látigo en el aire y tiró de las riendas. El vehículo empezó a avanzar por la nieve. Atravesaron el pueblo. Al llegar a las últimas casas, se adentraron por el bosque. Robert tiritaba de frío bajo su abrigo ligero, útil para los rigores del invierno en Budapest. El cochero empezó la conversación:

—Adivino que es la primera vez que viene por aquí. Se sentirá bien. El sanatorio está llevado correctamente, la cocina es perfecta y el personal irreprochable. Y el número de pacientes es razonable, unos treinta, por ahora, a lo sumo, repartidos en dos edificios. Si tiene suerte, le tocará en el grande; en caso contrario, ya me encargaré yo, me parece usted simpático, no muy hablador pero simpático. Tenemos también un médico fijo. No hay nadie como el doctor Strelinger para tranquilizarlo a uno si su estado se agrava. Entre la clientela hay de todo, húngaros de Budapest como usted, pero más adinerados; checos de Praga; alemanes ninguno, evidentemente. ¿Por qué ha-

brían de venir aquí, con tantos sanatorios como tienen ellos? También hay judíos, claro, ¿es usted judío, señor Klopstock? Klopstock suena a germánico. Los que hay aquí están muy bien, ya podrá comprobarlo. Ah, me olvidaba de lo esencial a su edad: hay también chicas, en particular Aranka, una húngara bellísima, e Ilonka, sublime, pero que tose como una famélica... A no ser que usted sea del otro bando, que hay de todo en este mundo. Aquí tenemos un capitán, no sé si lo es o no, que se pasa el tiempo pintando, lo que es una señal de su sensibilidad por la belleza de las cosas... Ah, y hay también un dentista, llamado Glauber, en el edificio pequeño, y asimismo un checo, de unos cincuenta años, que está bastante mal, trate de ser discreto, porque tiene la garganta invadida, como se suele decir. Y me olvidaba de uno que está encima de la habitación del checo, un tipo singular, alto, delgado como un clavo, no desagradable pero siempre un poco apartado, como si se creyese mejor que los demás, del que se dice que escribe libros... Mira, ya hemos llegado, la señora Forberger debe de estar esperándolo. Ya verá que es una mujer encantadora, un poco ruda. He disfrutado de esta conversación con usted. Por mucho que digan, los médicos son más humanos que la mayoría de sus congéneres.

—¿Cómo se llama? —preguntó Robert.

—¿Quién?

—El escritor. ¿Cómo se apellida?

—Kafka, Franz Kafka... Alto y delgado, no le pasará desapercibido... Bueno, hasta pronto, ya nos cruzaremos por aquí, señor Klopstock. Aquí no hacemos otra cosa más que cruzarnos.

Robert bajó del trineo y se dirigió al edificio, un viejo palacio fastuoso que empezaba a sumirse en la noche. Sus pasos se hundían en la nieve y no tardó en sentirse sofocado por el esfuerzo. Subió los pocos escalones y entró. El vestíbulo reafirmó su primera impresión, con su parqué de roble y sus sillones de cuero al estilo inglés. Sobre una mesa baja vio unos periódicos con sus varillas de lectura. Un diario húngaro llamó su atención. El titular de la portada se refería al acuerdo entre la Unión Soviética y Estonia que validaba el abandono de toda pretensión territorial de la Rusia soviética sobre su país vecino. En un gran jarrón había unos ramos de flores frescas que parecían recién cortadas. Un ancho ventanal daba al exterior, junto a una gran chimenea en la que aún ardían algunas brasas. Imaginó las tardes bajo la nieve, calentándose cerca del fuego en torno a un ponche y charlando de tal o cual cosa. Sintió un repentino cansancio, luchó contra la tentación de sentarse en uno de los sillones, hizo un esfuerzo por ir hasta la conserjería y tocó la campanilla.

Una puerta se abrió. Una mujer se dirigió hacia él. La señora Forberger, dedujo. Ella lo llamó por su nombre sin que se hubieran presentado,

quiso saber si el viaje había transcurrido cómodamente, propuso enseñarle su habitación, luego un botones se encargaría de subir el baúl. «Pero antes —añadió ella saliendo de la conserjería—, venga conmigo para que pueda hacerse una idea de su nueva residencia.» Él siguió sus pasos.

Una puerta de doble hoja batiente daba a un gran comedor con las mesas puestas con manteles rojos y blancos. Dos camareras se afanaban allí bajo las órdenes de un maître.

—Diana a las seis, almuerzo a las once treinta —anunció Forberger con tono marcial—. Cena a las seis y media de la tarde, desayuno entre las seis y media y las siete de la mañana.

Se abría otra sala contigua con filas de sillas alineadas ante un piano de cola, a pocos pasos de un billar.

—Si es usted aficionado, tenemos en estos momentos uno o dos campeones —dijo con voz amigable.

Junto a la pared se habían dispuesto unos caballetes con vistas de paisajes montañosos.

—¡Y ahora, la habitación! —dijo Forberger, dándose la vuelta.

Le costaba seguir su ritmo. El mero hecho de cruzar la sala lo había agotado. Fue presa de un ataque de tos.

—Un pelín cavernosa —observó Forberger. Había pronunciado esas palabras como una experta, igual que habría juzgado un plato como

«demasiado salado» o «falto de sabor» elaborado por el cocinero.

Subió detrás de ella por la escalera.

—La habitación está en el segundo piso, la 215 —precisó.

Le habría gustado pedirle que aminorase el paso.

—Tiene usted suerte —dijo ella—, la terraza da de lleno al sur.

Pasó entonces a evocar al médico del sanatorio. El doctor Leopold Strelinger residía en el edificio anexo, la Villa Tattras, donde también estaban acogidos algunos internos. Pasaba consulta cada dos días. Sus recomendaciones eran estrictas: pesarse a diario en la báscula de cada piso —señaló con el índice la oscuridad del fondo del pasillo, donde se suponía que debía estar dicho objeto—, tomarse la temperatura seis veces al día («hallará el termómetro en el lavabo, en un estuche rojo». «Cada mañana vendrá una camarera a servirle en el balcón el vaso de leche y el cuenco de nata que ha prescrito Strelinger»). Se expresaba de manera maquinal, como la guía de un museo.

En el rellano del segundo piso se metió por un estrecho pasillo mal iluminado. Empezaba a faltarle el aliento. Se prometió que iría a ver a Strelinger. A la altura de la habitación 211, resonó muy fuerte un estremecedor ataque de tos.

—El señor Hartmann haciendo de las suyas una vez más —comentó fríamente Forberger.

Se detuvo unos metros más adelante, sacó del bolsillo de su abrigo un gran manojo de llaves, las miró detenidamente al pasarlas por los dedos, unos dedos largos y finos, unas espléndidas manos femeninas que no tenían nada en común con las manos descuidadas de las chicas que él había frecuentado hasta la fecha. Metió una llave en la cerradura.

—¡Su habitación, joven! —Lo invitó a entrar.

El linóleo relucía bajo la luz eléctrica. La cama con cabecero de madera era ancha. Había un imponente armario pegado a la pared que llenarían su único traje, sus cuatro camisas y su jersey de lana. El escritorio era de madera de roble. Papel de carta con el membrete del establecimiento y una pluma estilográfica. Podría terminar allí su novela. Con los derechos percibidos por las ventas, devolvería el dinero a la sociedad de benefactores que había pagado su estancia. El lavabo era tan ancho como el armario, con sus dos grifos de níquel. Había un gran espejo en la pared, debajo del cual, sobre una tablilla, el termómetro en su estuche y dos escupideras plateadas, llanas y con un cierre, resumían lo que le esperaba en adelante.

—Ah, un punto importante —prosiguió Forberger—. Evidentemente, nuestro sanatorio es mixto. Hay una planta para hombres y otra para mujeres. No es que pongamos barreras entre adultos, pero el reglamento prohíbe cualquier tipo de relaciones en el interior del establecimiento. Ade-

más, como bien debe de saber usted, en casos como el suyo no son nada recomendables. Pese a todo, no somos ni policías ni jueces, así que compórtese con discreción.

La habitación daba a una terraza en la que estaba desplegada una tumbona.

—Reposo obligatorio fuera, salvo si nieva, entre las ocho y las diez y media y, por la tarde, entre las tres y las cinco y media. Encontrará una manta en su armario. También un albornoz. —Calculó su estatura de arriba abajo—. Me temo que el albornoz sea demasiado pequeño... Entremos, está usted helado.

De nuevo dentro, él preguntó:

—El hombre que ha enviado a buscarme...

—¿Fritz?

—Sí, Fritz. Me ha hablado de un escritor entre los pacientes del establecimiento...

—¿El doctor Kafka?

—Kafka, eso es.

—Lo verá usted mañana. Solo somos una treintena en nuestro sanatorio, todo el mundo se conoce enseguida... ¿Alguna otra pregunta?

Negó con la cabeza.

—Entonces, buenas noches, Robert. Descanse, parece necesitarlo.

—Buenas noches —dijo.

Ella cerró la puerta tras de sí.

Contempló las paredes de su nuevo universo, luego fue a ponerse delante del espejo. Sus ojos

febriles, su tez pálida y sus mejillas hundidas le dieron miedo. Retrocedió un paso y se tumbó en la cama. Se durmió de un tirón.

Se despertó sobresaltado, como convencido de una infracción grave. Eran las siete menos cuarto en su reloj. No había oído el despertador y lo que lo había sacado del sueño era el zafarrancho de combate en el comedor del desayuno. Se lavó la cara con abundante agua, se puso una camisa limpia, se pasó rápidamente el cepillo por el pelo y se abrigó con una chaqueta. Cuando iba ya a cerrar la puerta, entró de nuevo a coger una de las escupideras, se metió el objeto en el bolsillo y salió.

En el último peldaño de la escalera se abotonó el cuello de la camisa, se alisó el traje, cruzó el vestíbulo y franqueó los últimos metros que llevaban al comedor con la mayor calma y seguridad posibles. Se detuvo en el umbral. Reinaba allí un ruido embarullado de exclamaciones y tintineos de cubiertos. Respiró profundamente y entró.

A medida que avanzaba, los ruiditos de las cucharas y las tazas disminuían, las voces se acallaban una tras otra y las miradas se volvían hacia él. El silencio iba espesándose. Ese silencio y esos ojos dirigidos a él lo paralizaron.

—Señor Klopstock —dijo una voz masculina a su espalda—, permítame que lo siente.

El maître lo precedió a paso rápido hacia el

fondo de la sala y lo condujo hasta una mesa donde había otras diez personas.

Los comensales lo recibieron con una amplia sonrisa a la que él respondió con un asentimiento. Lo invitaron a ocupar una silla. Cuando se sentó, fue como si hubiera ascendido hasta el pico del Lomnitz.

Con la cabeza metida en su bol, sintió la mirada de los comensales sobre él. Lo escrutaban en silencio. Pero enseguida el hombre maduro de su derecha se puso a hablar con su vecina, dando la señal para reanudar las conversaciones. Enfrente, un individuo un poco tenso, de unos cuarenta años, metió la nariz en su plato de frutas.

—Usted debe de ser el señor Klopstock —empezó a decir su vecino de la derecha tendiéndole la mano—. Encantado, yo soy Glauber, la señora Forberger nos avisó de su llegada. ¿Qué le parece este sitio?

Respondió que aún no había tenido tiempo suficiente para hacerse una idea, pero que su primera impresión era buena.

—La primera impresión siempre es la buena —dijo una mujer a su izquierda.

La joven que estaba a su lado alzó los ojos al cielo.

—Personalmente —intervino un hombre frente a él—, siempre me ha parecido un lugar detestable. Desde la primera vez que vine.

—Es lo que yo decía de la primera impresión —dijo la mujer.

—Le presento al capitán —dijo Glauber—. Un hombre desabrido, amargado, pero un pintor genial, Rembrandt y Bonaparte en un mismo cuerpo.

—Me halaga usted, Glauber. Pero aun así no conseguirá ni una sola de mis acuarelas... Y usted, joven, ¿también pinta?

—La señora Forberger nos ha dicho que era estudiante de Medicina —dijo la mujer.

—El arte, querida señora Fischmann, no tiene fronteras. ¿Yo mismo no soy un combatiente, un soldado, un oficial...?

—¡Un héroe! —añadió Glauber.

—Un oficial y un pintor. Soy un ejemplo viviente...

—... de que el arte no tiene fronteras, ya lo sabemos.

—Este año, de todos modos, no tenemos más que artistas —dijo la mujer—. El año pasado eran contables, ignoro por qué, ¡una epidemia de contables! En las comidas, solo se hablaba de cifras, balances, impuestos y tasas. Me pregunto si hay algo más aburrido que un contable.

—Conocí a un abogado totalmente soporífero —dijo la joven, abriendo la boca por primera vez.

Robert se preguntó en dónde había caído. Aquello no era un sanatorio, sino un manicomio. Le dieron ganas de levantarse, dejar el desayuno, subir a coger su baúl y largarse de allí. Pero se

sentía tan agotado que temía desplomarse en medio del comedor.

—En todo caso, no hay nada mejor que la compañía de los artistas —concluyó la señora Fischmann—. Por cierto, ¿tienen ustedes alguna noticia?

—Creo que sigue indispuesto —respondió Glauber.

—¿Cómo ha podido contraer esa enfermedad? —preguntó el capitán—. ¡Una neumonía, en el sanatorio!

—Debió de ser la excursión del jueves —dijo la mujer—. ¿Vieron ustedes qué ropa llevaba? Con lo débil que es, nunca tendría que haber ido. ¡Si es una ramita en la nieve! Sesenta y cinco kilos para un metro ochenta y dos, me han dicho. ¡A quién se le ocurre emprender una caminata por la nieve con tan poca grasa!

—Menos mal que el señor del tercero no fue.

—Ese a quien usted llama el señor del tercero, capitán —intervino Glauber—, el señor Szaltowski, tiene la laringe invadida.

—Como si no fuera más que la laringe... —añadió Fischmann.

—Cuando la laringe está afectada —prosiguió Glauber—, el resto lo está también, y todos lo sabemos. Si van a ver a Szaltowski, les enseñará sus lesiones. Da la impresión de causarle un malsano placer enseñar las ulceraciones de su garganta. El espectáculo, sin embargo, no es bonito de ver.

—¿Se las ha enseñado a ustedes? —preguntó la joven.

—Ojalá no lo hubiera hecho. Estaba yo precisamente con el señor Kafka, que es su vecino de abajo. Szaltowski insistía en enseñarnos su garganta. Y una vez, y otra, erre que erre. Entonces abrió mucho la boca, nos dijo que mirásemos con la ayuda de un espejo para verlo mejor y allí estaban, sobre las amígdalas, cinco grandes boquetes supurantes de pus.

—¡Estamos comiendo!

—Perdóneme, señora Fischmann... Cuando Szaltowski cerró la boca, creí que al señor Kafka le iba a dar algo.

—¿Qué piensan ustedes de la técnica de Strelinger para combatir las lesiones de laringe? Dicen que es un método revolucionario.

—Ya que los médicos la prescriben, ¿por qué no habríamos de creerlo?

Glauber se puso a explicar la técnica. El principio consistía en que el calor desactivaba las lesiones tuberculosas al quemarlas. Se utilizaban dos espejos, uno del tamaño de la palma de una mano, el otro más pequeño. Había que echarse sobre una hamaca, a pleno sol, colocar el espejo más grande en la comisura de los labios, dirigiéndolo de tal manera que captara los rayos del sol y los enviara al interior de la garganta.

—¿Y para qué es el espejo pequeño? —preguntó el capitán.

—Ese pequeño espejo, como Szaltowski nos demostró justo antes de que a nuestro buen Kafka le diera el telele, hay que meterlo hasta el fondo de la garganta...

Había que mantener el espejo pequeño lo más profundamente posible en la garganta, de modo que concentrase los rayos solares sobre las lesiones. Para ello, era necesario permanecer inmóvil por sesiones de cinco minutos con el fin de cauterizar las ulceraciones.

—Así es como se curará el señor Szaltowski —concluyó— y significará un nuevo triunfo de la ciencia.

Hubo unos cuantos aplausos entusiastas alrededor de la mesa. Un manicomio, se repitió Robert.

—En cuanto al señor Kafka —repuso Glauber—, la señora Forberger me ha asegurado que va mejorando.

Robert puso atención. ¿Podría ser ese hombre su tabla de salvación allí? Si no, se largaría de inmediato a Budapest. ¡Antes morir por el bacilo que por aburrimiento!

—A mí me gusta nuestro escritor —dijo Glauber.

—Lo siento, pero a mí me incomoda mucho —dijo Fischmann—. Lo encuentro un poco misántropo.

—Confunde usted misantropía con timidez. Nunca he visto a nadie tan dulce y tan educado.

—Dicen que es escritor —dijo el capitán—, pero ¿han leído ustedes algo suyo?

—Una amiga de Berlín, fraülein Feingold, por citar su nombre, me ha contado que era apreciado en ciertos círculos, que incluso se lo habría llegado a comparar con Kleist.

—¿Y por qué no con Heine? —soltó el capitán.

—Sea escritor o no —intervino la joven—, el doctor Kafka tiene muchísimo encanto.

La miraron boquiabiertos.

—Una inteligencia fuera de lo común, una mirada dulce, una sensibilidad extrema. También una gran belleza. Y, a decir verdad, me importa un bledo que sea escritor.

—Lo suyo se llama amor, si me permite que le diga —puntualizó Glauber.

—¡Llámelo como usted quiera!

Y se fue de la mesa.

—¡Menudo carácter, el de esta Ilonka! —dijo Glauber.

—Háblenos un poco de usted, señor Klopstock —pidió la señora Fischmann—. Va usted para médico, ¿no?

—¡Los médicos son los que salvarán a la humanidad! —espetó el capitán.

—¡Ni que cayeran todos enfermos! —murmuró Fischmann.

—El señor Klopstock saldrá con bien de este trance. ¡Es un joven muy robusto! —dijo Glauber.

—Ya, pero un poco pálido y anémico.

—Sí, de acuerdo, y con la mirada febril. Y con accesos de tos preocupantes, además. ¡Pero Matliary seguro que lo va a curar! ¡El doctor Strelinger lo sanará! Esta ciencia, señor Klopstock, a la que usted se entrega con los brazos abiertos y le da lo mejor de sí mismo al sacrificarle su juventud y los años más hermosos de su vida, ¡lo salvará cambiando las tornas de un modo noble y justo! Y un día, querido joven, bajo la admiración y la fascinación de todos los pacientes de Matla reunidos para la ocasión, escalará usted las paredes del Lomnitz con sus propias manos.

—¡Amén! —dijo el capitán.

—Yo creo que ya es hora de irnos —dijo Fischmann—. Somos los últimos. La señora Forberger nos va a regañar.

—Cita dentro de una hora en el jardín —concluyó Glauber—. Con el tiempo tan radiante que hace, el doctor Strelinger ha recomendado que dejemos las hamacas de nuestros balcones para mañana. Ahora unas tumbonas nos aguardan en el jardín.

Robert observó a los comensales levantarse de la mesa. Apenas si había tocado su desayuno. Se prometió huir de aquel manicomio a la primera ocasión.

Llegó al jardín después que los demás, se instaló en una de las hamacas que aún quedaban libres, a

razonable distancia de los otros pacientes. Las mujeres vestían ropa ligera, los hombres estaban en mangas de camisa, como si la primavera hubiera llegado al inicio de ese mes de febrero. Pero todos tenían a mano una pequeña manta.

La conversación estaba en su apogeo. Escuchaba distraídamente cómo discutían acerca de los beneficios de esos días soleados. El capitán y Glauber se disputaban el conocimiento sobre si era más recomendable consumir truchas que salmón para quienes tenían los pulmones enfermos. Glauber, basándose en su formación de dentista, se erigía en portavoz de la verdad científica. El capitán argüía su paso por el frente para hacer prevalecer una supuesta experiencia en la materia. Era cosa de locos.

Una mujer vino a instalarse a su izquierda y entabló conversación con él. Era inglesa, se llamaba Dressler y se expresaba con unos modales aristocráticos. Su marido era consejero de embajada en Budapest. Cuando supo que Robert venía de allí, lo consideró una feliz coincidencia, explicó que no era una casualidad, sino la acción de fuerzas espirituales. Otra chiflada, pensó él. Ella lo miró fijamente. «Se parece usted a mi hijo... Hay algo común en los ojos.» Bajó la mirada. ¡Cómo quería a su hijo! Nunca querría a nadie más como lo quería a él, aunque, por otra parte, tampoco es que quisiera a nadie más, ahora que su cariñín se había ido. «¿Quién iba a imaginarse una vida se-

gada por defender Verdún? Mi James murió por el honor, que es como decir que murió por nada», concluyó. Le preguntó si había estado en la guerra; él mintió. «Entonces hablemos de otra cosa», dijo ella, y se puso a ponderar los encantos de Budapest, el frescor de las colinas de Pest, la animación de los cafés de Buda, el esplendor del Danubio a la hora del crepúsculo desde las alturas del monte Janos. Él pensaba en cómo había sido su guerra, en el frente ruso, sirviendo al Imperio austrohúngaro, en el campo de los perdedores, si es que hubo un ganador en esa fosa común gigantesca. No había perdido la vida, pero había contraído su actual enfermedad. ¿Realmente era un mal menor? Ella dijo que todo el tiempo echaba de menos Londres, que ninguna otra ciudad tendría jamás la dulzura y el brillo de la vida londinense. De pronto, se interrumpió, posó su mirada en la lejanía, se levantó, agitó una mano en el aire y exclamó: «¡Por aquí!... ¡Estamos aquí!».

Un hombre cruzaba el jardín a buen paso, un individuo alto y delgado con aspecto juvenil, pero que debía de frisar en la cuarentena, el rostro hundido, muy pálido, con una espesa mata de pelo castaño, dentro de una ropa demasiado ancha. Glauber, volviendo los brazos hacia él, gritó: «¡Señor Kafka, sus amigos están por aquí!».

El escritor, pensó él. Un fantasma de escritor, más bien. ¡La delgadez y la palidez de un espectro! El hombre saludó a los presentes con un gesto y

fue a sentarse en la hamaca que estaba libre a su izquierda, dándole unos amigables buenos días con voz grave. Una voz de barítono, pensó Robert.

—¡Estamos encantados de volver a verlo, señor Kafka! —aventuró Glauber.

—¡Y en tan buena forma! —añadió el capitán.

—Nos pareció entender que estaba usted enfermo. ¿Lo estaba? —preguntó la señora Dressler, con un punto de inquietud en su voz.

—Yo mismo —intervino Glauber—, sin ir más lejos, la semana pasada, treinta y nueve dos noches seguidas. ¡Y aquí me tienen ya curado!

—Es más, señor Kafka, sepa que no se ha perdido gran cosa —dijo el capitán—. Un concierto de piano y violonchelo el pasado sábado por la noche en el comedor, el adagio número 3 de Schubert.

—La señora Forberger no estuvo acertada. Noté que desafinó en cuatro notas.

—Para mí solo existe Mozart... —espetó la señora Fischmann—. ¿Y para usted, señor Kafka? Háblenos de sus preferencias en materia musical. ¿Es cierto que los escritores tienen un oído absoluto?

—La crítica se refiere a la musicalidad de los autores, si no me equivoco —corrigió el capitán.

—Son las diez, ¡es la hora! —interrumpió con tono autoritario una voz de mujer a su espalda.

Una enfermera con delantal estaba erguida

detrás de ellos, con los brazos cruzados y gesto severo. Cada cual sacó de su funda el termómetro que traía. Miró a Robert con aire acusador. «Yo llegué ayer», se excusó él. El escritor también confesó haberlo olvidado. La mujer alzó la mirada al cielo antes de recobrar su aspecto de carcelera y escrutar a los otros pacientes, los cuales, con su termómetro entre los labios y los ojos medio entornados, parecían esperar una nueva señal. Al cabo de unos interminables segundos, la enfermera dio una palmada. Cada quien se sacó de la boca su termómetro, miró la cifra marcada por el mercurio y luego, con gesto alborozado o sombrío, devolvió el objeto a su estuche después de haberlo secado previamente con el pañuelo.

La señora Dressler volvió a tomar la palabra. Empezó a contar la historia de una joven que, una mañana, al comprobar su temperatura, se levantó bruscamente y se fue corriendo, pero no hacia el jardín, sino en dirección contraria, hacia la carretera. Glauber y el capitán trataron de alcanzarla inútilmente. El maître y la señora Forberger fueron en su búsqueda sin resultados. Al día siguiente, los gendarmes hallaron su cuerpo en el fondo de un precipicio. «Una muñeca de trapo», se sintió obligada a precisar la señora Dressler. «¡Ah, aquí llega nuestra cura de rejuvenecimiento!», la interrumpió Glauber. Señaló a dos camareras que portaban grandes vasos de leche sobre unas anchas bandejas y los depositaron a los pies de cada

hamaca. Todos se pusieron a beber la leche aplicadamente, de un solo trago. Robert se esforzó en imitarlos, pero dejó el vaso a medias.

—En este sanatorio —le explicó la señora Dressler después de haber vaciado su vaso— también está recomendado el tratamiento con arsénico, pero cuenta con muchos detractores. Pero qué le voy a enseñar yo a un futuro doctor, ¿verdad? —Se interrumpió por un instante, antes de agregar, con melancolía—: Usted tiene algo que ya nunca más tendrá mi hijo... ¡Vida! —Se levantó y se fue.

Él la siguió con una mirada inquieta mientras ella se alejaba en dirección a la carretera, pero enseguida oyó al escritor aconsejarle, con voz suave y tranquilizadora, que no se alarmase, la señora Dressler no iba a cometer lo irreparable. Él le dio las gracias por su atención.

Pronto dieron las once y media. Era la hora de ir a comer. Cuando Glauber le pidió que se uniera al grupo, el escritor dijo que prefería seguir allí un poco más de tiempo. Robert respondió lo mismo, encantado por la ocasión que se le ofrecía de quedarse a solas con su vecino de hamaca.

De aquel hombre emanaba algo intimidante, un aire autoritario que contrastaba con su aparente fragilidad psíquica. No tengo muchos recuerdos de mi padre, pensó Robert, pero creo haberle visto un aire semejante. Los recuerdos de su padre se remontaban tan lejos que no sabía si los había vivido o soñado.